

14/2015

10 de marzo de 2015

Federico Aznar Fernández-Montesinos

APROXIMACIÓN AL FENÓMENO DEL
TERRORISMO

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

APROXIMACIÓN AL FENÓMENO DEL TERRORISMO

Resumen:

El terrorismo es un fenómeno mediático indisolublemente ligado a un discurso político y a la lucha por la legitimidad. Es una narrativa sangrienta que cosifica a sus víctimas. Con cada atentado se genera una pulsión emocional que tiende hacia lo reactivo, antes que al mantenimiento de las políticas decididas. Su combate pasa por el desmontaje y superación de la narrativa que lo soporta además de por medidas policiales de contención.

Abstract:

Terrorism is a media phenomenon linked to a political speech and to the fight for legitimacy. It is a bloody narrative that transforms victims in objects. Each attack generates an emotional effect that makes people to try to react instead of maintaining their political options. Fighting against it needs to disassemble and to overcome its narrative, together with the steps taken by security forces for its contention.

Palabras clave:

Terrorismo, narrativa, víctima, violencia política, legitimidad.

Keywords:

Terrorism, narratives, victims, political violence, legitimacy.

El terrorismo es un fenómeno difuso e inconcreto, asociado a la batalla por la legitimidad de la lucha más que por su éxito, lo que ha determinado el que la comunidad internacional no haya aun encontrado una definición consensuada para el mismo. Tan sólo lo ha logrado para el acto terrorista que es según la ONU:

“cualquier acto destinado a causar la muerte o lesiones graves a un civil o a cualquier otra persona que no participe directamente en las hostilidades en una situación de conflicto armado, cuando el propósito de dicho acto, por su naturaleza o contexto sea intimidar a una población u obligar a un gobierno u organización internacional de realizar un acto o abstenerse¹.”

Terrorista puede ser así un adjetivo o un sustantivo, una persona, una situación, un proceso, un hecho o una estructura. Con la palabra terrorista se incluyen realidades muy heterogéneas de modo que su definición condiciona el resultado, cuando el resultado deseado no condiciona la definición. Para ello, el unilateralismo hace así coincidir la definición académica con la definición operativa, de modo que, por ejemplo, es terrorismo lo que yo defino como tal y son terroristas los que yo coloco en una lista *ad hoc*.

Así existe fuerza cuando la acción es conforme a una legalidad y violencia cuando es exterior a ella y como resultado del fracaso de la fuerza. Fuerza es violencia con legitimidad y violencia es fuerza sin ella. La batalla se convierte pues, en uno de sus planos, en una lucha por la legitimidad. El más fuerte o el vencedor acaba por hacerse dueño de la verdad. Poder y verdad van de la mano.

Por ejemplo, tras la guerra de Kosovo, un movimiento considerado terrorista, el UCK (ELK, en siglas españolas), ha sido la base sobre la que se han estructurado las nuevas fuerzas policiales. Cuando Irlanda se independizó el Director de Inteligencia del IRA, Michael Collins, se convirtió en jefe del Ejército. Otro tanto puede decirse de los grupos terroristas israelíes durante la dominación inglesa o del FLN argelino. Mención aparte merece el caso de la Francia de la posguerra en la que funcionarios y militares que habían servido durante la guerra de un modo bien intencionado al gobierno legal, el gobierno de Vichy, fueron objeto de algún tipo de sanción aunque fuera moral.

La palabra terrorismo surge asociada al Estado y como nombre de un periodo revolucionario bajo la hegemonía de Robespierre y significado por el omnipotente Comité de Salud Pública; su nombre proviene de un discurso de aquel ante la Asamblea en la que unía virtud y terror: *“la virtud sin la cual el terror sería funesto, el terror sin el cual la virtud sería impotente”*, de este modo, la ideología – la virtud – queda indisolublemente asociada a los medios – el terror – en una peligrosa simbiosis que los equiparaba. El discurso, ligado a la virtud, se transforma en un factor crítico.

¹ Resolución 1269 de 19 de octubre de 1999 del Consejo de Seguridad.

Se trata de un término antiguo que alcanza desde la muerte de Cesar (*"Sic semper tyrannis"*), pasando por las discusiones tomistas sobre el tiranicidio y enlazando con la idea del derecho de rebelión, al que sólo la victoria acaba por concederle verdaderamente carta de naturaleza. Y es que la tradición democrática no condena la violencia en todos los casos, pues sino se estaría privilegiando el mantenimiento del statu quo, aunque este sea injusto. Es más el surgimiento de la democracia no pocas veces ha sido violento.

Los orígenes del terrorismo son, por tanto, estatales y no tan lejanos. Piénsese, por ejemplo, en los bombardeos sobre poblaciones civiles de la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, evolucionó para significar un fenómeno de violencia con unos estándares de organización muy elevados para compensar su reducido número, de contornos difusos, que no tiene línea de frente ni vanguardia distinguible y es normalmente ajeno a la estructura del Estado.

Aunque originariamente los grupos se definían a sí mismos como terroristas, las connotaciones asociadas a la crueldad metodológica del término, que en sí mismo implica un juicio moral, han hecho que las organizaciones terroristas, a partir de los años sesenta, renuncien a él por más que asuman su simbología (capuchas, bombas y metralletas) y pasen a llamarse movimientos de liberación, guerrilleros y hasta de predicación.

Así, de un significado asociado a la vanguardia pasó a otro con connotaciones negativas de efusión mediática de sangre, de modo que ya nadie hoy reclama para sí el nombre de terrorista y se presentan como una suerte de soldados por más que no se ciñan a las restricciones que el Derecho marca a los militares.

El terrorismo es algo más que violencia, es como dijera Mao, política con derramamiento de sangre: la utilización mediática de una cierta violencia (o la amenaza) en beneficio de un concreto proyecto político. Es más, sí la guerra es básicamente un acto de comunicación que incorpora un suplemento de violencia, el terrorismo es una actividad política que se escenifica mediante un cierto derramamiento de sangre.

El terrorismo es pues, por muy ilegítimo que resulte, una herramienta de la política. A la contra la violencia forma parte del terrorismo, pero el terrorismo no es sólo violencia; de hecho, la violencia no es lo más importante del terrorismo, aunque sea el elemento que lo deslegitime, sino el discurso al que este sirve o cuya promoción busca.

El terrorismo dosifica y modula la violencia en dosis homeopáticas atacando los nodos de la sociedad con vistas a su desestabilización de modo que se propicie su transformación en base al imaginario que propone: *"El orden sale del caos y el caos es necesario para fundar un nuevo orden"*

Uno de los elementos fundamentales que incorpora, su eje, es una estrategia mediática. El éxito se encuentra indefectiblemente ligado al desarrollo de una política igualmente mediática que oriente y coordine los planos estratégico y táctico. En palabras del propio Ben Laden: *“Es obvio que la guerra de la comunicación en este siglo es uno de los más poderosos métodos de combate; de hecho, su ratio puede alcanzar el 90% del total de la preparación para la batalla”*

Y es que las primeras batallas no son violentas. Así el terrorismo es un combate expresivo, simbólico, una violencia con la que se pretende reclamar la legitimidad de una causa, erigirse en representante de la sociedad, poseedor de la verdad y vengador de sus agravios. Es una narrativa sangrienta que no destruye tanto como desacredita.

A todas luces no trata de ser resolutivo en tanto que no puede imponer por la fuerza su parecer, escenificando a través de una eficaz estrategia mediática un poder con el que en realidad no cuenta; sólo es viable cuando el grupo social en cuyo nombre actúa, el gobierno al que se enfrenta o su sociedad lo toman en consideración. Este hecho es un elemento crítico para el análisis y la respuesta.

Es en este sentido un enfrentamiento limitado, un modelo extremo de guerra asimétrica en el que el campo de batalla se ha visto reducido a sus términos mínimos. Su victoria sólo puede ser limitada e indirecta, esto es, obtenida como fruto de un proceso de negociación. De hecho no aspira a la derrota del oponente, ni siquiera a su desgaste sino a una imagen de ello. Su reducido número es apto para operar (el secreto obliga) no para vencer; y además no tiene por sí solo capacidad ni intelectual ni humana para gestionar la victoria. Su fortaleza es su debilidad. Y tal vez, su debilidad sea hacerse fuerte.

El terrorismo es un fenómeno mediático que implica acciones tácticas llevadas a cabo para influir políticamente; 50 muertos en una oscura selva no son relevantes, sí los medios no son testigos. Es por ello un fenómeno urbano.

Son actuaciones que superan el ámbito en que se llevan a cabo, su objeto. Su práctica encarna la propia de un publicista; un mensaje, el simbolismo y la cualidad de lo inesperado, la sorpresa, para atraer la atención del público objetivo, de sus distintos segmentos y audiencia. Es un teatro en permanente búsqueda de público, que sirve para poner luz sobre algunos debates y en el que las víctimas son cosificadas en pro de los objetos y símbolos a los que se ataca.

Decía Clausewitz que *“una batalla es una forma de sondear las fuerzas morales y físicas por medio de estas últimas,”* pues un atentado también lo es; como Glucksmann apostilla *“por su realidad, la guerra es una prueba de fuerza, por su necesidad una prueba de sentido. Opone físicamente .fuerzas que no son jamás estrictamente físicas y materiales.”* La fuerza no es necesariamente el elemento esencial. Son acciones de un

alto contenido simbólico con las cuales se pretende demostrar la capacidad del grupo, su decisión (voluntad) y representatividad.

Es una ficción de guerra en la medida en que el terrorismo presupone una ficción de poder. Por eso la valoración de un atentado debe hacerse en términos de impacto mediático primero y psíquico después. El maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder; sin embargo, tal valoración debe hacerse en términos globales como también midiendo la equivalencia entre política y estrategia, su coherencia y alineamiento. De poco bueno sirve la fuerza mal dirigida.

El terrorismo siempre actúa en representación de una base social más o menos extensa, que pretende confundirse con la sociedad en su conjunto. La población se convierte así en objeto y objetivo de la lucha; es una batalla por la legitimidad y su prolongación es prueba de su fracaso. El problema de los terroristas suele ser el equivocar su capacidad real con el ruido que genera y perder la perspectiva real

Suele ser un lugar común afirmar que la violencia es inútil. Pero la violencia está prohibida en nuestras sociedades precisamente porque es extremadamente útil y todo el mundo la utilizaría entonces para todo. La cuestión es que no lo es siempre y cuanto más se prolonga su uso, más lastre supone para su legitimidad. La prolongación de la violencia terrorista sin que el grupo se transforme en un movimiento social vacuna a la sociedad frente al aventurerismo de nuevas empresas y emponzoña los fines pretendidos por los terroristas con la crueldad de la sangre derramada.

Para evitar esto se trata de disociar violencia del proyecto político situando este al margen al tiempo que incorpora sus réditos; por eso los grupos terroristas tienden a segregarse de los partidos políticos, movimientos de masas u organizaciones sociales de los que surgen. Por otra parte, el terrorismo es negación no construcción, razón por lo que debe formar parte de una estrategia más amplia, política, que incluye a otros con los que alcanza una simbiosis nunca explícita pero que a pocos se les escapa.

Otro lugar común consiste en afirmar que los terroristas no tienen ética. Y no es cierto, tienen la suya. No son psicópatas; el terrorista precisa de una ética – o de una construcción mental autónoma, sí se quiere evitar este nombre - que le permita convivir con la violencia. Precisan encontrar de un espacio moral que la justifique haciéndose así irresponsable; su actuación se presenta no como un acto de su elección sino como una prolongación necesaria de las circunstancias. El terrorista en no pocas ocasiones se ve irresponsable, una extensión del brazo de la historia o de la religión.

Dar la vida por una causa es una manera de justificarla, pero tristemente también impacta, quien se muestra capaz de robársela a otro, demostrando su fe y compromiso que adquiere obrando de un modo tan implacable. Como decía Jefferson *“el árbol de la libertad debe vigorizarse de vez en cuando con la sangre de patriotas y*

tiranos.” Un atentado suicida incorpora simultáneamente ambas, crimen y justicia; la catarsis triplica el impacto. No estamos ante la razón sino ante un proceso eminentemente emocional.

Con cada atentado pretende instruir una pedagogía que pasa primero por conmocionar a la sociedad para convocar a la audiencia y poder plantear sus debates, fijar las reglas para su realización e imponer las palabras con las que ha de llevarse a cabo su desarrollo. La persistencia mediática tendrá un efecto multiplicador que trasladará a los hogares de un modo simple directo y reiterativo, cada atentado y los debates que lleva asociado. Las preguntas resultan un primer paso. De este modo lo inconcebible puede ser concebido, después aceptado y por último natural e inevitable. La voluntad ha sido doblegada.

El terrorismo es ofensiva, una actividad del espíritu, de voluntad, llevada a cabo por personas fuertemente motivadas; eso es precisamente lo que lo hace excepcionalmente peligroso. De los tres elementos de la trinidad de Clausewitz, la emocionalidad del pueblo se convierte en el factor crítico. La emocionalidad está ligada a la movilización. Su activación, encontrar el resorte que lo hace posible, es la clave de la victoria pues supone que terrorista y pueblo se confunden. El terrorista, con su acción, otorga esperanzas a su grupo de apoyo.

La actividad terrorista presupone un enfrentamiento entre diferentes modelos estratégicos y diferentes capacidades. Esto impide el isomorfismo de las estrategias militares expuesto por Clausewitz que hace que las partes tiendan a imitarse y a utilizar toda la fuerza a su disposición; los terroristas no pueden acabar convertidos en soldados, sin que eso no implique la derrota del Estado toda vez que la batalla entre las partes es por la legitimidad. Igual cabe decir del supuesto en que los soldados se conviertan en terroristas. Por consiguiente la legitimidad se mantiene declinando la invitación. Ello supone una importante tensión tras cada atentado entre racionalidad y emocionalidad.

Y es que el terrorismo es provocación. La batalla sólo se pierde con la respuesta, la sobre-reacción que en democracia olvida que el poder del Estado, la voluntad concertada de millones de personas, es un poder real y el propio del terrorista acaba con el ruido de la explosión.

Los atentados pretenden no ser actividades aisladas, hilvanando unos a otros y concurrentes sobre el discurso del grupo terrorista que es el que dota de dirección y sentido a la violencia. La narrativa terrorista incorporaría acción, mensaje y causa. La narración ocupa su dimensión espiritual, es la espina dorsal que garantiza la conjunción de elementos materiales e inmateriales.

La respuesta debe pasar así no sólo por políticas de seguridad y contención sino también por una pedagogía realizada sobre un discurso integrador que ofrezca una comunidad y justicia al tiempo que se dejan en evidencia las inconsecuencias de su constructo, sus saltos argumentales y su falta de propuestas en aquellos aspectos en que no existan, y el futuro que plantean, la situación final deseada, en aquellos campos en que así sea, distinguiendo los hechos de la narrativa y poniendo en valor todo aquello que estas dejan fuera y las hace incoherentes y fantasmagóricas.

La batalla es así emocional no racional. La verdad no es relevante, la emoción es el hecho decisivo, aunque eso sólo es cierto para ellos. Los hechos son sólo importantes por su impacto en el plano psicológico. El medio forma parte del mensaje. El terrorismo es así una narrativa mediática, política y sangrienta.

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Analista del IEEE

BIBLIOGRAFIA

- Aznar Fernández-Montesinos, Federico. La ecuación de la guerra. Editorial Montesinos, 2011.
- Aznar Fernández-Montesinos, Federico. Entender la guerra en el siglo XXI. Editorial Complutense, 2011.
- Clausewitz, Carl Von. De la guerra. Ministerio de Defensa, 1999
- García Caneiro, José. La racionalidad de la guerra. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 2000.
- Glucksmann, André. El Discurso de la guerra. Editorial Anagrama, Barcelona 1969.
- González Martín, Andrés et al. Evolución del pensamiento estratégico. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia. X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, septiembre 2008.
- Hoffman, Bruce. Historia del terrorismo. Espasa Calpe 1999.
- Laqueur, Walter. Terrorismo. Editorial Espasa-Calpe, Madrid 1980.
- Luttwak, Edward N. Parabellum. Siglo XXI de España Editores, Torrejón